

combatió, comenzaron á abandonar sus puestos desde en la tarde; á las nueve de la noche ó las diez, Medina, jefe insurrecto, advirtió que los demás cuerpos habían desaparecido, é hizo retirar su gente. En la madrugada del día 18, los federales reocuparon la plaza. ¿Agua Prieta, fué Gibraltar? Investigaciones serenas, desapasionadas y rectas, lo dirán un día.

La campaña de Sinaloa está íntimamente ligada con la del Occidente del Estado de Durango; los insurrectos cruzaban frecuentemente la Sierra que separa á ambos Estados. José M. Cabanillas, Juan M. Banderas y Ramón F. Iturbe intentaron un golpe de mano, dentro de la misma Culiacán, en la noche del 9 de enero, intentona que fracasó; sin embargo, reunidos en los límites de Durango, y reorganizadas las fuerzas, atacaron á Tamazula, (Dgo.) cuya guarnición se rindió el día 30 de enero. Días después Banderas se internó de nuevo en Sinaloa, presentó con 200 hombres batalla á una columna federal de 500, mandada por el Coronel Luis Morelos, y fué derrotado. Iturbe al separarse de Banderas, ocupó á Canelas, (Dgo.) y marchó sobre Topia, en el mismo Estado, con 300 insurrectos, más 75 de Conrado Antuna. Topia se defendió admirablemente; sostuvo combates reñidísimos, desde el 27 de febrero hasta el 12 de marzo, día en que la guarnición—350 hombres de fuerzas del Estado—capituló entregando armas y parque á los vencedores. Vuelve Iturbe á Canelas, destaca al célebre gerrillero Domingo Arrieta sobre Santiago Papasquiari;—después narraremos esos acontecimientos—penetra en Sinaloa casi al mismo tiempo que Banderas sufría la derrota que le causó el Coronel Morelos, sale al encuentro de éste, y á su vez es derrotado, después de combatir durante tres días, 9, 10 y 11 de abril.

El día 6 de febrero habíase sublevado cerca de San Ignacio, en Sinaloa, el Dr. Domingo B. Yurjar, quien tomó Elota, San Ignacio y otros puntos, en marzo y abril.

En el Estado de Durango, el movimiento revolucionario extendióse notablemente desde el mes de enero. Calixto Contreras y Martín Triana lanzaron á los indios de Ocuila sobre Cuencamé, y la tomaron; posesionáronse de Pedriceña y otras Estaciones del F. C. Internacional, incomunicaron así á Durango de Torreón, y llevaron la insurrección á los Partidos de Nazas y San Juan del Río, y destacaron fuerzas á los partidos del Norte del Estado.

Uno de esos grupos, capitaneado por Tomás Urbina, penetró en el Partido de Indé. Urbina no era revolucionario: sus instintos de bandido lo hicieron rodearse, por donde quiera que pasaba, de gente de la más baja ralea. Sus excursiones tuvieron el carácter vandálico de los insurrec-

tos del Estado de Morelos. En los últimos días de marzo, Urbina, con 300 hombres, atacó á Indé, por la única parte que la plaza tiene inexpugnable, y Villanueva, el jefe de Acordada, con sólo 30 tiradores lo rechazó; volvió Urbina á sus excursiones, recató bandoleros, y regresó á Indé con 600 de ellos; atacó en otra forma la plaza, que cayó el día 8 de abril, y Rómulo Villanueva pagó, con su vida, la muerte de Pedro S. Gómez. Indé no se defendió contra la Revolución, sino contra Urbina; hacemos gracia de los desmanes cometidos por este individuo; fué el precursor, en Durango, de Emiliano Zapata en Morelos. José Agustín Castro, que ya había ocupado Mapimí, entró en Indé, con 150 insurrectos y restableció el orden; pero tan pronto como Castro salió, regresaron los Arriola, Urbina, etc.

La Sierra de Promontorio habíase sublevado. Daniel Sánchez, José Gabriel Galván, Herrera y otros bajaron de ella con más de 300 insurrectos; tomaron Cautián—hacia el mes de marzo—é incorporáronse á Mariano y Domingo Arrieta que avanzaban sobre Santiago Papasquiari, defendida por fuerzas del 11º Regimiento, Rurales del Estado, policía, etc, al mando del Capitán Priani. No se sabe qué admirar más aquí: si la intrepidez y denuedo de los sitiadores, ó la resistencia heroica de los sitiados: Domingo Arrieta, herido el día 10, continuó luchando con igual ardor; al día siguiente, 11 de abril, ante un ataque irresistible, la guarnición se rindió, y uno de los Arrieta salvó, con peligro de ser muerto, la vida del Capitán Priani, á quien se pretendía fusilar.

Desde entonces, el Estado entero cayó en poder de la Revolución; quedaba únicamente la Capital, Durango, aislada completamente, pero bien defendida, á pesar de que habían salido cien federales con una pieza de artillería á socorrer á Culiacán, seriamente amenazada por Banderas é Iturbe. Urbina, que acababa de entrar,—no de tomar—á Guanaceví,—se negó á concurrir á la toma de Durango.

Cómo en esta rápida ojeada á la Revolución fuera del Estado de Chihuahua, sólo referiremos los sucesos registrados hasta fines del mes de abril, el sitio y toma de Durango ocupará lugar en otras páginas.

En el Sur del Estado y en los límites de Zacatecas, hacia mediados de enero llamaba fuertemente la atención un revolucionario á quien ya hemos mencionado: José Luis Moya. Había organizado partidas insurrectas en Juchipila (Zac.) y otros lugares: había ido dejando, valga la frase, una serie de puestos revolucionarios, inmóviles, listos para recogerlos á su regreso. En la noche del 12 de febrero, Luis Moya derrotaba al Mayor Ismael Ramos en

"El Aguaje," y al día siguiente intimaba rendición á San Juan de Guadalupe, cabecera de partido, del Estado de Durango. Después de un combate de cuatro horas, Moya entró en la plaza, tomó todas las armas á los defensores, y como supiera que se aproximaban fuerzas federales, se retiró en perfecto orden con toda su genta. Horas después, el Mayor Ramos, con doscientos federales, ocupó á San Juan de Guadalupe. Moya se dirigió entonces rumbo á Zacatecas; tomó á Nieves, recogió á los grupos que antes dejara dispersos, penetró en el Estado de Jalisco, y por los límites de Tepic, regresó al Estado de Durango; á mediados de abril, pasó por Nombre de Dios, amenazando á la capital, y el día 19 de ese mes, parte de sus fuerzas, á las órdenes de Triana y Contreras, ocuparon San Juan de Guadalupe. Al día siguiente, Luis Moya reunió en la citada plaza sus tropas: eran ochocientos hombres perfectamente disciplinados. En dos meses, Luis Moya había recorrido grandísima parte de tres Estados, insurreccionándolo todo á su paso, venciendo cuantos obstáculos le puso el gobierno, y, circunstancia notable, organizando á sus tropas de tal manera, que fué admirado hasta por sus enemigos. Más adelante le volveremos á encontrar.

La Revolución cundía también en el Estado de Coahuila. Partidas de insurrectos libraban constantemente acciones con los rurales entre Saltillo y Piedras Negras; el jefe insurrecto, Enrique Adame Macías, tomó tras de rudo ataque, á Parras, el 16 de abril; al día siguiente, y en los últimos días del mes, rechazó á una fuerte columna de federales, con la que el Mayor Ramos pretendía recuperar la plaza. Torreón iba quedando lenta, pero fatalmente, aislado de Zacatecas, en Jimulco; de Jiménez, en Bermejillo; y de Durango, en Pasaje y Velardeña.

Durante todo el mes de abril, los grupos insurrectos brotaban diariamente en los Estados de San Luis Potosí, Guanajuato é Hidalgo; en este último llamó desde luego la atención un jefe insurrecto: Gabriel M. Hernández; en Puebla, la rebelión cundía de modo alarmante, y Chiautla, Huejotzingo, Tepexi y otras poblaciones eran tan pronto ocupadas por federales como por los insurrectos. Cerca de Atlixco, una columna de federales, que comandaba el Coronel Torreblanca, cayó en un lazo y fué aniquilada por completo. Emiliano Zapata asolaba el Estado de Morelos, con una campaña semisalvaje; allí, como en gran parte de los Estados de Puebla y México, el conflicto, ó mejor dicho, sus orígenes, son esencialmente agrarios, y desde entonces—porque aún está en pié—se exteriorizó en una forma que podrá ser explicable, pero nunca justificada: el vandalismo. Nadie como Emiliano Zapata, ha podido de-

cir desde entonces, como el rey hunno: "*Por donde mi caballo pasa, no vuelve á nacer la hierba.....*"

Michoacán se agitaba también; algunos pueblos, como Uruápam, se sublevaban en masa. Sólo Jalisco, á excepción de algunas partidas que Luis Moya dejó á su paso, permaneció quieto. Más hizo Tepic por la causa de la Libertad; allí, en los últimos días de abril, el jefe Martín Espinosa representaba á la causa de la Revolución en todo el territorio.

En el mes de febrero, un estudiante de Leyes, de la Capital, Vicente J. González, púsose en comunicación con varias personas del Estado de Guerrero y con la Junta Revolucionaria de San Antonio; envió al Sur á Perfecto Juárez, con instrucciones y planes; obtuvo de doña Euca-ria, Apreza, de Chilapa, dinero para la organización de tropas; enfermo como estaba, no pudo abandonar la Capital, pero el patriotismo suriano hizo todo lo demás: la insurrección práctica. Vicente J. González, el gran rebelde, modesto y obscuro, fué el sembrador de la Libertad en Guerrero; nada teman los que ambicionan honores y laureles: el apóstol olvidado y triste, próximo á recibir un título en las aulas de la Escuela N. de Jurisprudencia, ha muerto en Puebla. La Revolución lo inmortaliza.

El día 1º de marzo, Ambrosio y Rómulo Figueroa y Martín Vicario, se levantaron en armas en Huitzaco: derrotados, se rehicieron y tomaron la revancha en Los Cajones; el día 7 del mismo mes, atacó infructuosamente Julián Blanco á Chilapa, al mismo tiempo que, con resultados semejantes, Añove y Mariscal se batían con la guarnición del puerto de Acapulco, que se hizo fuerte en el castillo de San Diego; Juárez y López sublevaban á la costa, por La Unión; y por último, á fines de abril, Pedro Ramírez y Lorenzo Díaz tomaban Chilapa; los hermanos Figueroa y Martín Vicario detenían al General Huerta, que con una fuerte columna federal pretendía entrar en Guerrero, y Laureano Astudillo, con otros jefes insurrectos, concentraban fuerzas en Tixtla, á doce kilómetros de Chilpancingo.

Por entonces, el General Poucal trataba de recuperar Ojitlán y de pacificar Tuxtepec y tantas otras regiones sublevadas; en esta campaña le sucedió el Coronel Blanquet con el 29º Batallón, inútilmente, pues éste regresó á Puebla, á batir á otros jefes insurrectos.

En cuanto á la costa del Golfo, he aquí lo que había pasado: el Licenciado don José María Pino Suárez—*leader* del antirresleccionismo en el Sudeste de la República—se hallaba en Tabasco al estallar la revolución; envió comisionados á Yucatán y Campeche, sin resultado aprecia-

ble, y sus planes de atacar á Campeche por tierra, fracasaron; perseguido activamente por el Gobierno, se internó en Guat-mala y pasó á B-lice, de donde envió nuevos comisionados á Yucatán y Campeche. A principios de abril el Licenciado Pino Suárez consiguió organizar una expedición en Nueva Orleans, y ya entonces, el jefe insurrecto Castilla Brito inició formalmente el movimiento que en los últimos días del mes dominaba gran parte de Campeche y no reducida de Yucatán. En Tabasco tampoco permanecieron inactivos: después de los combates entre el insurrecto Gutiérrez y el Coronel Sosa, éste comandando el 24º Batallón, los levantamientos menudeaban en San Felipe y hasta en las inmediaciones de San Juan Bautista.

El viaje de Roque González Garza á Veracruz, tuvo buenos resultados. El jefe insurrecto, Tapia, levantó gran cantidad de gente, se sostuvo en varios encuentros con federales y rurales del Estado, y en algunas ocasiones amenazó á Orizaba; hacia los últimos días de marzo contaba con 200 insurrectos; cruzó la Huasteca, aumentó considerablemente sus fuerzas, y por fin, á principios del siguiente mes, ocupaba á Tuxpam, y aun cuando el gobierno envió un cañonero y tropas para recuperar el puerto, ya era inútil. Todo el Estado combatía en favor de la Revolución: Acahuacán, Minatitlán, San Juan y otros puntos, se encontraban en plena lucha; los *voluntarios* (?) de Córdoba se pasaron con armas y todo á los insurrectos; Cándido Aguilar, Gavira y otros jefes hacía una campaña feliz para la causa de la Libertad y ya á fines del mes de abril solamente quedaban sometidas por completo al gobierno, Veracruz, Orizaba y Jalapa.

Los Estados de Tlaxcala y México eran cruzados frecuentemente por bandas insurrectas; en Colima, Querétaro, Tamaulipas y Nuevo León, el movimiento revolucionario no revistió gran importancia.

En la Baja California habíase desarrollado, no una insurrección, sino una campaña filibustera, encabezada por los Magón, Pryce y otros, con cierto tinte de *separatista*, ó de *soi disant* República Socialista, que al cabo fracasó, pues en el fondo no era más que un bandolerismo atizado por aventureros.

Acabamos de asistir, lector, al desarrollo de la Revolución de uno á otro extremo de la República. El sacudimiento fué espantoso; el despertar del León terrible. Acumular las energías latentes de un pueblo; abusar de su confianza; exasperarlo, y provocarlo en fin, es fatal para dictadores ú oligarcas.

La Revolución Mexicana, con sus furias y errores, siempre queda: revolución de principios; lucha del presente

contra el pasado, para dejar el paso franco al porvenir; es la insurrección popular—1910—enseñando al cuartelazo—1876—cómo se obtiene el derecho de ser libre, cuando la opresión grita: ¡De rodillas!

Ciertamente la Revolución Mexicana tuvo caracteres, aspectos más bien, distintos en el Norte que en el interior y Sur de la República; esto indudablemente consiste en la notable superioridad étnica del pueblo fronterizo—abarcando hasta La Laguna—sobre las razas de los demás Estados. Pero en fin, como no hacemos crítica, sino narración, prosigamos, á reserva de hablar después sobre lo que ha dado en llamarse el *dinero de la revolución*, la ayuda norte-americana y otras cuestiones de igual importancia.

Durante el mes de enero, nada ocurrió en la Capital digno de mencionarse, como no sea que el dictador continuaba inclinado sobre la famosa mesa de billar; que se desguarneció á varios Estados para enviar más tropas y más artillería á Chihuahua, que parecía el cántaro de las Danaidas; que la prensa gobiernista había *matado* tres veces á Pascual Orozco, y que cierto diputado predijo el fin de la Revolución en el plazo de ocho días, precisamente cuando Orozco derrotaba al Coronel Rábago en Bauche, á la vista de Ciudad Juárez, en los primeros días de febrero. Al comenzar este mes, los estudiantes preparaban sus exámenes de fin de año, y...conspiraban. En la Escuela de Medicina, tarde á tarde se reunían: José Siurob, H. Walt, G. Gracia García, Valle, Cliserio García, Arellano, Sáenz y otros muchos de la misma escuela; en Leyes, Carlos M. Samper, Vicente J. González, Amancio G. García, Castro y dos ó tres más; Julio Prieto, de Preparatoria, y Gustavo Durón González, de Minería, *tenían gente* en Agricultura: Alfonso Breceda y J. Salcido. Durón González y Samper concurrían á los conciliábulos en Medicina. Jesús Breña, Mayor y Médico Militar, era el jefe secreto de estos *trabajos mineros*. La conspiración se extendió con admirable rapidez; para el día 16 de marzo, he aquí cómo se encontraba: contábase con bastante gente en el primer Regimiento de Artillería, en el Cuartel de Tacubaya; con alguna dinamita recogida por Siurob,—se ignora dónde—y otra traída de Pachuca por Durón González, y Cuéllar, otro estudiante; había gente de Santa Julia y otros barrios, comprometida, etc., etc. La organización fué notable: era á modo de una cadena, en que los eslabones se rozaban pero sin conocerse y sin conocer nada del núcleo; si acaso, se reconocían los *jefes* de sección; pero los subalternos se ignoraban, de modo que en los dos ó tres casos de aprehensión que se dieron, el Gobierno no pudo averiguar nada. Los estudiantes *soñaban* demasiado: un golpe de

mano, apoderarse de la persona del dictador, sublevar los cuarteles—Durón González había hecho propaganda activa en este sentido—y, en caso de derrota, retirarse al Ajusco y hostilizar desde allí, á fin de dividir más la atención del gobierno, por entonces concentrada en la frontera. Los conjurados nombraron jefe al ingeniero Camilo Arriaga, quien introdujo un optimismo excesivo, mayor aún que el de los mismos estudiantes, y después, hasta la discreción se perdió.

Nadie trabajó con tanto entusiasmo y actividad en el asunto que nos ocupa, como Gustavo Durón González; buscaba dinero, salía fuera de México, enviaba hojas á los cuarteles, ideó la manera de tomar los Remingtons que había en Preparatoria y Agricultura, etc.

En esto, vienen las denuncias; prenden á Siurob, como el día 22, y á los dos días, á los oficiales y tropa comprometidos, dentro del mismo Cuartel de Tacubaya; vino un desconcierto general entre los conjurados: algunos pretendieron, infructuosamente, sublevarse la misma noche del 24; otros ignoraban que el gobierno hubiese descubierto el complot, y esperaron, inútilmente, la tarde del domingo 26 de marzo;—que era la fecha convenida ú ordenada para todos— y otros, por último recibieron del Ing. Arriaga, como fecha del levantamiento, la noche del 27. Naturalmente que todo fué un redondo fiasco. Los que quisieron penetrar al Cuartel de Artillería fueron presos; los oficiales arrestados; Arriaga, prófugo algún tiempo, fué aprehendido; Durón González y Julio Prieto, volaron á la frontera, y ya hemos visto que desde el día 9 de abril, combatieron en Ojinaga; los de Medicina, se fueron á la frontera con el pretexto de servir en “La Cruz Blanca,” otros salieron á diferentes puntos del país. De más de quinientos “complicados,” sólo sesenta fueron aprehendidos; casi todos permanecieron tranquilamente en la Capital, sin temor á denuncias, gracias á la organización del complot; y tan es así, que Carlos M. Samper, en los primeros días de abril, entró en la redacción de periódicos revolucionarios—“El Democrata” y “Hoja Republicana”, que acababa de fundar Rafael Martínez.—

Los resultados prácticos, pues, de ese complot de la Escuela de Medicina, y no de Tacubaya como sin razón se ha llamado, fueron nulos; pero moralmente tuvo consecuencias trascendentales, pues la dictadura se comprendió minada; vió reunirse, en un solo instante, sus crímenes de treinta años, y desatarse contra ella misma; el César no podía confiar ya ni en su propia espada, y recurrió al arma suprema de los déspotas en derrota: el Terror. Suspendió las garantías constitucionales en toda la Repúbli-

ca, á fin de considerar á los insurrectos como bandidos, y justificar los nuevos crímenes que debían cometerse: ¡Jerjes azotando al Ponto Euxino; cólera del mar sobre el tirano! Y así fué: con la suspensión de garantías, el dictador apresuró su estruendosa y ridícula caída.

Al mismo tiempo que iniciaba el terror, inauguró el gobierno una serie de errores que debían serle fatales. El Ministro de Hacienda, Limantour, se encontraba en París desde septiembre del año anterior; llamó el gobierno, no al hacendista—lo que hubiera sido inconveniente—sino al político, lo cual fué desastroso. Después de un viaje larguísimo, durante el cual regó declaraciones llenas de presunción, Limantour llegó á la Capital en medio de una extraña atmósfera, mezcla de esperanza, de expectación y de burla. Inmediatamente desarrolló una política de simulado parlamentarismo y de mal encubiertas perfidias, que produjeron hilaridad: se hizo renunciar á los ministros de Gobernación, Relaciones, Instrucción Pública, Justicia, Comunicaciones y Fomento, y el nuevo gabinete quedó constituido así: Relaciones, Lic. F. L. de la Barra; Hacienda, José I. Limantour; Gobernación é Instrucción Pública, Lic. Jorge Vera Estañol; Justicia, Lic. Demetrio Sodi, Fomento, Ing. Manuel Marroquín; Comunicaciones Ing. Norberto Domínguez, y Guerra y Marina, Gral. González Cosío. En público se le llamaba el *Gabinete* de la dictadura, y entonces provocóse un conflicto con la Escuela N. de Medicina. Por lo demás, ni al Sr. Madero ni á ninguno de los jefes revolucionarios preocupó el cascabeleo que armó la dictadura con su cambio ministerial y sus *nuevas energías*.

Otro acontecimiento, ese sí de verdadera importancia, cautivó la atención pública. Desde que estalló la Revolución, el gobierno de los Estados Unidos distribuyó numerosos destacamentos á lo largo de la frontera con el fin de hacer respetar sus leyes de neutralidad (á este respecto hablaremos al fin de la obra); pero he aquí que, de pronto, el Presidente Taft, ordena la movilización de 20,000 soldados hacia el Bravo, y de varios buques de guerra á nuestros puertos. No fueron movilizadas sino 12,000 hombres, y los buques no se presentaron en aguas mexicanas; pero en todas partes brotó esta idea: intervención. ¿Hubo realmente el propósito de intervenir en México? El Presidente, Mr. Taft, declaró primeramente que sólo eran *maniobras* militares; después, ante el Senado, declaró que la movilización obedecía á una *súplica del gobierno de Díaz*, quien se quejó de que los revolucionarios violaban la neutralidad. Esto es lo que nosotros creemos, á pesar de declaraciones posteriores sobre el particular. No aceptamos, pues, ni la

3-1911

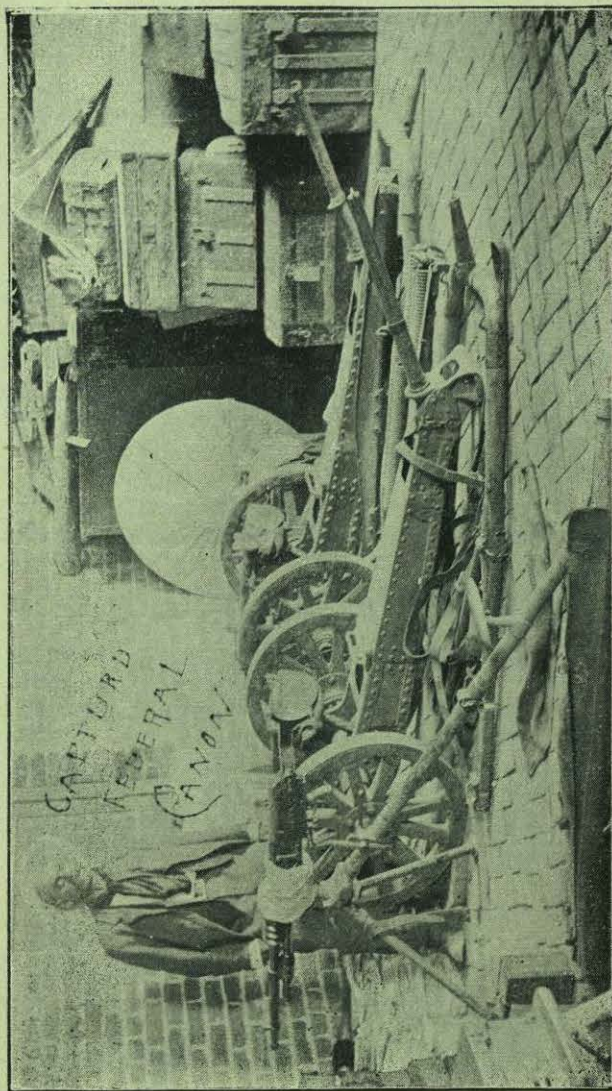
3-1911

BIBLIOTECA NACIONAL

idea de *intervención pedida* por el Gral. Díaz (porque no hay fundamentos para ello) ni la de *intervención espontánea*, porque es una inconsecuencia suponer que el gobierno americano creara dificultades á una Revolución que *moralmente* reconocía. No tuvo, en nuestro concepto, más objeto la movilización, que quitar, de una vez por todas, el pretexto á las reclamaciones del gobierno de Díaz. Los *científicos* explotaron este asunto como espada de dos filos; pero el arma se volvió contra ellos, porque el pueblo, no sólo no culpó al Sr. Madero, sino que los señaló, *instintivamente*, como traidores.

Llega el día 1º de abril, y el dictador, en su *Mensaje* á las Cámaras, manifiesta que el Ejecutivo prestaría su apoyo á una iniciativa de ley que tendiese á establecer el principio constitucional de la no-reelección. Con esto creía el gobierno arrancar á la Revolución su bandera! Torpeza inconcebible, ó delictuosa mala fe: desde 1892, el General Díaz debió haber hecho lo que aparentaba desear en abril de 1911. Bien mirado, la sola exposición de que el Ejecutivo apoyaría una iniciativa sobre *no-reelección*, era confesión tácita de un principio de derrota; no se necesitaba más para dar alas á una rebelión que ya en aquellos días era formidable. La prensa gobiernista entró en un período de manifiesta anarquía: "El Imparcial" amaneció *antireeleccionista* el día 7 de abril, y ese mismo día, D. Ramón Corral, Vicepresidente de la República, pidió al Congreso una licencia de ocho meses, «por motivo de salud.» Al día siguiente discutíose tal solicitud en la Cámara; la tradicional mansedumbre de los diputados se convirtió, de súbito, en violento parlamentarismo y en vehemencias atroces; el diputado Aspe llamó al Vicepresidente *cadáver forrado*; Prida exclamó: «nuestras credenciales de diputados no dimanan de donde debieran, pues nosotros no representamos aquí al pueblo»; Batalla y Peón del Valle, opinaron que se negara la licencia á D. Ramón Corral, y que éste renunciara; García Granados: «que el Sr. Corral renuncie, para que pueda salir al extranjero á curarse, ó que se muera en el país.» Pónese á votación el dictamen, y se le concede á D. Ramón Corral la licencia para separarse, por ocho meses, de su puesto.

La verdad es que el gobierno se vió impotente para sofocar la revolución con medidas militares primero, y políticas después, y trató de entrar ocultamente en negociaciones de paz, valiéndose de don Francisco Madero (padre) y de otros miembros de la familia del Jefe revolucionario; pero como éste, con sobrada razón, se negó á tomar en cuenta falsas promesas y arreglos verbales, el gobierno perdió por completo el tino y cayó en las mayores incon-



En campaña.—Cañones capturados por fuerzas revolucionarias.

4-1911

CAPITULO ALFONSO VILLAS

secuencias: al mismo tiempo que se presentaba á las Cámaras la famosa iniciativa sobre no-reelección, pidió el Ejecutivo ocho millones de pesos para gastos de guerra, y autorización para crear cuatro nuevos regimientos de caballería, dos de artillería y cuatro batallones; y cuando se discutía, en las Cámaras la reforma constitucional,—que en nada afectó al progreso de la Revolución—Limantour declaraba á un periódico norteamericano, que el gobierno devolvería sus derechos al pueblo setenta años después. ¡Difícilmente podrá encontrarse mayor inmoralidad política que la del gobierno de Díaz—Limantour!

Así, en medio del más grande desconcierto; ante una inminente derrota en la frontera, y sobre un volcán próximo á estallar, que tal era México, llegóse á la segunda quincena de abril. Se ve, pues, cómo el gobierno echaba leña al fuego. ¿Quiénes lo atizaban? La prensa revolucionaria de la misma Capital; y no es porque queramos citarnos vanidosamente, pero lo cierto es que desde abril hasta fines de mayo, cuando el despotismo era más insoportable, José Ferrel, Rafael Martínez, Heriberto Frías, Carlos M. Samper, Jesús R. Oros y F. de la Colina, fueron los que más ruda y enérgicamente atacaron al dictador y á los científicos, y los únicos que se atrevían á predicar y ensalzar las ideas revolucionarias, anunciando el triunfo de la insurrección en «El Demócrata» y «Hoja Republicana.»

Así las cosas, súpose en la Capital que el Sr. Madero intimaba rendición al Gral. Navarro.

Rendirse Ciudad Juárez.....! *¿Pour quoi pas?*

BIBLIOTECA ALFONSO...
CALLE ALFONSO...
MEXICO